



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

Estamos a 37°, pedaleamos hacia un horno abierto que nos golpea la cara, la boca se seca de tal manera que la lengua, los dientes y los labios parecen de cuerpos diferentes. Los botellines están vacíos y nos queda medio litro de agua hasta el siguiente pueblo a 20km. Hemos bebido más de 5 litros cada uno y la sed no se aplaca. Las casas que vemos por el camino son de adobe y techos de paja, los negocios no tienen grifo y el colegio está vacío, es festivo. Le pedimos llenar las botellas de agua para poder filtrarla en el grifo del patio. Está candado y la llave la tiene el director. "Si no lo candamos, la gente nos roba el agua". Hay un depósito en el suelo, como no está en altura han tenido que hacer un agujero porque el grifo está en la parte inferior. En el rato que estamos ahí, varios niños han venido con botellas a llenarlas de agua.

Días más tarde, alas 6:00 de la mañana en un pueblo cualquiera del camino, ya ha amanecido, el responsable del pozo aparece con la llave para abrir un recinto cercado. Hay varias mujeres y niños esperando con garrafas para llenarlas. Dentro del recinto hay un depósito sobre una plataforma y una placa solar que lo abastece con su bomba. Tienen horarios solares, pero sobre todo lo cierran porque de vez en cuando alguien viene y roba la bomba, la estructura, los grifos o lo que sea para sacar algo de dinero. Los centros de salud y escuelas que están cerca de los pozos tienen suerte porque contarán con agua, pero en muchos casos, las escuelas están en mitad de la nada y los alumnos pasan todo el día sin beber un sorbo.

Pedaleamos hacia Lubango, la segunda ciudad más grande de Angola. Ahí hacemos una parada obligada, es el segundo proyecto de Rumbos Olvidados, la inauguración de un pozo. Angola tiene agua, pero su red es precaria, sólo el 50% de la población tiene acceso a agua potable y en zonas rurales o en la capital, no llega al 30%. Que el agua es fundamental para la vida no es cuestionable, pero estos días hemos crecido un poco más, si cabe, en esa afirmación.

El primer día, antes de subir al Alto de Bimbi donde vive una comunidad Naneca, el conductor para en el ayuntamiento de Humpata. La alcaldesa quiere conocernos, pero sobre todo, quiere dejar claro que una vez construido el pozo no queremos sacar beneficio de él. Nuestra cara de sorpresa le confirma que no, pero su pregunta demuestra que otros si han sacado rédito de una "donación desinteresada". "Hace unos años una ong reclamó ese trozo de tierra y cobró por el agua", la ruindad no tiene límites.

Un camino de tierra, pedregoso y complicado nos lleva a 2.300 metros de altitud, niños y niñas suben caminando de la escuela secundaria, mujeres caminan con baldes llenos de fruta en la cabeza, todos van abrigados.



Segundo Proyecto: Construcción de pozo en el Alto de Bimbi, Angola.

“Se acabó el sufrimiento de caminar a por agua”

Las casas son de adobe y techos de paja o chapa de metal sujetada con piedras, hay días de mucho viento. En el alto viven esparcidos en varios barrios unas 2.700 personas. Los niños corren al lado del coche y piden pan. Aunque tienen mucha tierra, no es buena para la agricultura. Viven sobre todo de la ganadería, aunque venden los animales para sobrevivir y a penas comen carne.

El pozo se ubica en Katundene, uno de los barrios. Cuando llegamos hay un montón de tierra y arena del que sale un tubo metálico. Parece la chimenea de una casa enterrada, pero es el futuro pozo. El agua la han encontrado a 120 metros de profundidad. Al lado del tubo hay montones de arena de diferentes colores, son los estratos de las rocas que han tenido que superar hasta encontrar el acuífero. Hay que hacerlo en la época más seca, para asegurarse que tendrán agua todo el año. Subir un camión y meter maquinaria pesada para encontrar agua ha costado 7.000€. Depósito, estructura, bomba

y recinto con grifos otros 7.000€. Muchas de las personas que viven ahí no ganan más de 10€ al mes. Necesitarían varias vidas para ahorrar el dinero necesario.

El soba (jefe de barrio) nos cuenta que en época de lluvias, la zona más cercana de agua es un arroyo a más de tres kilómetros y si no, el único pozo del lugar, está a más de cuatro.

EL APUNTE

HISTORIA

●●● Destacado. En septiembre llegábamos a Johanesburgo y hasta mediados de enero, en Camerún, no dejaremos el continente. Pedalearemos por paisajes, culturas, étnicas, gastronomía muy diversos, pero habrá una cosa en común entre todos ellos y los más de 4.000km que hemos recorrido, es que en todos hablan lenguas que provienen del Bantú. Se estima que los orígenes están precisamente de donde despedimos África, entre Nigeria y Camerún. Fue hace 3.000 años y en torno al 1.500 a.c. comenzaron las migraciones y con ello la dispersión de estas lenguas. Hay que matizar que no es una categorización étnica, sino lingüística. Uno de cada tres africanos habla una de las 556 variantes de las lenguas bantúes. Nigeria es el país africano con más tiene: 500 y como dato curioso, Papúa nueva Guinea, el país asiático con tan solo 7 millones de habitantes, habla 839 lenguas, tres veces más que toda Europa junta.

Cuando van a por agua, lo hacen en grupo, el camino es de tierra y piedras, lo hacen caminando y con suerte consiguen una carretilla para llevar más de una garrafa de vez. La nieta, Nana, va a por agua en ese momento y decido acompañarla. Hora y media más tarde regresamos, nos hemos ido turnando la garrafa de 25kg, ella sobre la cabeza, yo relevando los brazos. Hace calor y llego empapado en sudor. Hasta la fecha el pozo que hay construido abastece a toda la población. Funcionando los grifos todo el día, da a siete litros por persona. Está claro que ducharse y tener la ropa limpia pasa a un segundo plano y reservan el agua para beber y cocinar.

El siguiente día conocemos el centro de salud y la escuela. Son las 12:00 de la tarde y aún siguen llegando alumnos. Algunos tienen hasta ocho kilómetros, casi dos horas por caminos empapados en época de lluvias o bajo un sol abrasador en época seca para ir a clase. Despues otras dos para regresar. Es normal que muchos de ellos prefieran estar en el pasto con sus padres. Un grupo de unos veinte niños y niñas de diferentes edades viene caminando desde el horizonte. Donde está ubicada la escuela es una especie de olla y mires a donde mires no se ve nada, ni una sola casa en varios kilómetros. Una mujer camina con su hijo, el niño lleva una azada más grande que él apoyada en el hombro. Me dejan hacerles una foto, sus ojos miran a la cámara, pero su mirada se pierde en el camino al objetivo hasta apagarse. Siguen ruta, el niño no va a la escuela.

Ese día está nublado, estamos en altitud y hace frío, los niños van abrigados. La ropa está ajada, sucia, su calzado lleno de agujeros. Sonríen, son niños, pero han perdido el brillo